

## **2. LA ULTIMA SUBIDA AL MATAGALLS**

Biografía de MONTSE GRASSES.  
SIN MIEDO A LA VIDA, SIN  
MIEDO A LA MUERTE.  
(1941-1959) por José Miguel  
Cejas. EDICIONES RIALP  
MADRID

09/03/2012

De todos modos, a pesar de esa aceptación plena y rendida a la Voluntad de Dios, es muy duro cortar a los diecisiete años con esas

pequeñas ilusiones de juventud que pueden resultar nimias, ridículas casi, si se contemplan desde la lejanía de la madurez, pero que ocupan un lugar muy importante en el corazón de un adolescente.

Una de esas "pequeñas-grandes ilusiones" de Montse era la subida desde Seva, durante la noche, hasta el Matagalls, uno de los tres grandes picos del Montseny. "Ya habíamos subido hasta allí de todas las formas posibles -recuerda su hermano Enrique-. En bicicleta, hasta Collformic, y luego a pie. De mil modos. ¡Lo habíamos probado todo! Hasta que un día de ese verano se le ocurrió a alguno:

-Oye, ¿y si subiéramos al Matagalls para ver salir el sol?"

Matagalls al amanecer... Aquello debía ser excitante. ¡Ver salir el sol en el Matagalls! ¡En el "pedró de Catalunya", como lo denominaba el

Padre Claret! ¡Aquello era nuevo, era distinto -palabra mágica en la juventud-, era arriesgado....! Y además tenía una incertidumbre: sus respectivos padres, ¿les dejarían? Comenzaron los tiras y aflojas familiares...: "nos dijisteis que este año ya podríamos ir y ahora..." Al final los padres cedieron con la condición de que fuese con ellos Andrés Framis, al que consideraban "mayor", y responsable...

"Empezamos a hacer los preparativos -sigue contando Enrique-, ¡con una ilusión! Porque aquella subida nocturna guardaba para nosotros un sabor especial, indefinible. El Matagalls formaba parte de nuestra vida".

Aquí se ve a los dos hermanos - Enrique y Montse- en una excursión de años anteriores.

Aquella excursión se recordaría además, a lo largo del curso

académico, entre clase y clase, como un mundo irreal, lejano, casi soñado entre las aceras grises de Barcelona: ¿te acuerdas de aquel amanecer en Matagalls...? "Era -prosigue Enrique- una especie de desafío, de reto fuerte, que nos ponía a prueba: la confirmación de que éramos mayores y capaces de reconocer los caminos por la noche, sin perdernos..."

Hubo un revuelo incesante durante los días anteriores a la marcha, con idas y venidas a casa de unos y otros, entre los gritos de la chiquillería. Los padres repetían los mismos avisos y recomendaciones del año pasado y del anterior: cuidado con hacer el loco; cuidado con esto, cuidado con lo otro...

Enrique y Jorge se calzaron para la ocasión unos botones inmensos, como si se prepararan para coronar el mismísimo Himmalaya;

prepararon las mochilas, las cantimploras... ¡las cámaras! Sí; había que hacerse fotografías, como aquella de hacía unos años en la que aparecen Montse, María Luisa y Javier Framis...

Tres, dos, uno... Iban contando los días que faltaba para la subida. Ya se imaginaban monte arriba cantando una de sus canciones favoritas:

...A dalt de la muntanya

hi havia un vell xalet.

Mur blanc, sostre d'herba i

davant la porta un tronc revell.

Porque en esta ocasión, de noche, todo cobraría un encanto especial. Sería como ir por primera vez. Irían reconociendo, entre sombras, a la luz de la luna, los lugares por los que habían pasado ya: mira, el Brull;

mira, la silueta del Matagalls... Y  
luego, seguirían cantando:

A dalt de la muntanya

caigué el vell xalet.

La neu i el rocam,

units, el van enderrocar...

Como en la letra de la canción,  
Montse veía cómo todas aquellas  
ilusiones de juventud, todos los  
proyectos de su vida, se le habían  
derrumbado de pronto, como aquel  
chalecito de la montaña. Pero no  
había que entristecerse porque,  
como decía la canción...

A dalt de la muntanya

hi hagué un nou xalet

car Jan, amb cor galant,

el va bastir millor que abans...

¡Sí! ¡Dios le construiría una vida nueva maravillosa, en el Cielo! ¡Dios la ayudaría! Y todo sería "millor que abans", mucho mejor que antes, cuando divisaba desde la cumbre todas las maravillas del Montseny, como en aquella fotografía en la que contemplaba el Hotel San Bernat...

Aunque le quedaba la nostalgia de las cosas que dejaba aquí... También lo decía la canción:

A dalt de la muntanya  
quan Jan tornà al xalet  
plorà amb tot son cor  
sobre la fi del seu amor...

Estaba decidida: aquella sería su última subida al Matagalls. Se sentía todavía con fuerzas; ¡era todavía perfectamente capaz de llegar hasta arriba sin que nadie la ayudase, cantando sin cesar! ¡Seguro que sus

padres la dejarían subir! Y desde allí, al pie de la cruz que coronaba la cumbre, sus pensamientos no serían muy distintos de aquellos que dejó escritos Mosén Cinto, abrazado a esa Cruz, poco antes de morir: "Verament la Creu de Jesucrist sempre es formosa". Allí se despediría de aquellas montañas, de aquellos valles, de aquellos cielos, de aquellos días de felicidad tan lejanos... y tan cercanos. Y podría ofrecerle a Dios su vida entera, lo mismo que el gran poeta catalán, cuando cantaba en sus versos:

Des del bell cim de la més alta serra  
avui vos he cridat, oh Jesucrist:  
jo us voldria oferir tota la terra,  
amb quant sobre ella els ulls del sol  
han vist.

Per dar-vos-en lo ceptre i la corona

sols per un jorn, voldría ser-ne rei;

i aprés, com príncep que l'amor  
destrona

m'allistaria a vostre dolç servei... (...)

Tenir voldría el mon, ses meravelles

sos continents, les terres e la mar,

i lo sol i la lluna i les estrelles

per fer-ho a vostres plantes rodolar.

Sí: ¡aquella sería la última -y la más gozosa- subida al Matagalls de toda su vida!

Pero... no pudo ser.

"Me da mucha pena recordarlo - escribe su madre-. Desde el 23 de agosto se encontraba francamente bien y estaba ilusionadísima con subir; iban sus hermanos y todas sus amigas... ¡Nos dolió tanto tenérselo que prohibir! Al principio, como la

veíamos tan bien, quedamos en consultárselo al médico, que nos dijo que, a pesar de todo, no era prudente: debía evitar todo lo que representase un esfuerzo.

-Pero -nos dijo Montse, durante la cena- si igual ha de ser... ¿por qué no me dejáis?

-Montse, porque a pesar de todo, hay que poner todos los medios.

Se quedó muy seria... ¡Qué cena! Enrique tuvo un gesto que nunca olvidaré. El también iba, por supuesto, y con mucha ilusión, como todos. Yo estaba pensando pedirle que se quedara; pero también me daba pena porque ya estaba en el Seminario, y pensaba que, a lo mejor, tampoco tendría otra ocasión de hacerlo. Así que no dije nada.

Pero de repente Enrique, en tono alegre, dijo:

-Bueno, se acabó, yo también me quedo. Pepón Ferrater creo que también y vamos a organizar algo para pasárnoslo bien.

Se me hizo un nudo en la garganta... y le di gracias a Dios".

---

pdf | Documento generado  
automáticamente desde [https://  
opusdei.org/es-es/article/2-la-ultima-  
subida-al-matagalls/](https://opusdei.org/es-es/article/2-la-ultima-subida-al-matagalls/) (22/02/2026)